

Ensayo sobre algunos aspectos de la antigua toponimia de Canarias

En las investigaciones históricas referentes a épocas primitivas en las que los pueblos estudiados carecen de literatura o ésta se reduce a inscripciones indescifradas, ha jugado siempre un papel importante el dato toponímico. Pueden escribirse volúmenes enteros—tengo acopiado material para un ensayo en este sentido—destacando el valor sugestivo y comprobatorio de los nombres de lugar en los diversos problemas geográfico-históricos. Las supervivencias hispánicas en Jamaica, Trinidad y en el Sur de los Estados Unidos, desde Florida y Alabama al Colorado y Cabo Mendocino; la intervención de las diversas regiones peninsulares en la América hispánica y Filipinas; la mayor vitalidad del indigenismo, juntamente con el predominio jesuítico, en el Paraguay; las exploraciones portuguesas en Africa y las holandesas, vascas, portuguesas y castellanas en Oceanía, en territorios hoy sumergidos en dominio británico o francés; la mayor o menor densidad del elemento mu-suimán en España y Portugal; la influencia dominante del factor irlandés en el primitivo cristianismo anglo-sajón; el empuje eslavo, tan bien estudiado por Luis Leger, desde Pomerania a Morea, desde los **Schia-voni** de Venecia hasta los Vendos de Lusacia, desde el Friul a Leipzig, que hizo necesaria la obra de Carlo-Magno en Dinamarca, Marca de Brandeburg y Oste-reich; las “Marcas” carolingias frente a los árabes, que luego se convierten en “Castillas”—una en el Duero, otra en el Mediterráneo—o “Extremaduras”—una en Soria, otras dos en el Tajo—y representan penosas estabilizaciones de la Reconquista; una Ukraina, que es una “extremadura” eslava frente a las hordas asiáticas; la colonización zarista y germánica en el norte del mar Negro y su reciente transformación marxistoide; las modas alemana o francesa en los palacios zaristas y los progresos del paneslavismo; el renacer católico-pola-

co de Silesia frente al Kulturkampf de Bismarck y sus consecuencias en 1919; las colonizaciones sajonas y francesas en Transilvania y el Banat; el "hakatismo" en Posnania; las fases germánica y eslava de Bohemia desde Carlos IV a Fernando I. y desde Huss y Podiebrad a Palacky y Massaryk; los esfuerzos de imperialismo italiano para eliminar el germanismo al Norte de Trento; la antigüedad de la influencia veneciana en Dalmacia, Tzerna-gora (Montenegro) y Skiperia o Albania; la persistencia del antiguo helenismo en el Mediterráneo y de la helenización macedónica de Egipto y Asia occidental; la evolución del helenismo bizantino, más ortodoxo que clásico, que convirtió el Egeo, "el mar de Cabras" (Aigaios Pélagos) en un "sagrado" (Haghios) mar; el moderno nacionalismo de Kemal Atta-Turk; el renacimiento del "maal" en Noruega; tantos y tantos problemas histórico-geográficos, de todos los países y épocas, adquieren en el reflejo toponomástico una concreción y una plasticidad notables.

Pero, especialmente, cuando se trata de remotos antecedentes, de cuestiones aborígenes, de misteriosas stirpes y oscuros pueblos desaparecidos total o parcialmente, el "toponoma" adquiere una preciosa valoración. Un Bolgary del Volga conserva aún el testimonio de unos primitivos búlgaros urálicos, anteriores a la marea eslava en la Europa centro-oriental; unos Apeninos desafían en el centro del Mediterráneo, como recuerda Ballesteros Beretta, el paso de dos o tres grandes civilizaciones, mostrando su remoto parentesco céltico con los Peninos de Gran Bretaña, y evocando aquella gran expansión gálica, anterior a la latina, de la que son igualmente retazos fósiles los nombres de Portugal, Galicia, la Galatia asiática (con inolvidable reflejo en el arte greco-romano) y la Galitzia polaca, emparentadas con los restos más vitales del galés, el cornugalés (extinguido e nel siglo XVIII) y el gael de Irlanda. Para no prolongar la consideración de este aspecto, bastará recordar la obra clásica de G. de Humboldt sobre los primitivos habitantes de la Península.

El "toponoma" es a la filología y a la literatura histórica, lo que son a la arqueología los restos fósiles humanos del cuaternario, magníficamente estudiados por Obermaier. Y así la moderna lingüística italiana—recientemente Bertoldi—busca en la escabrosa Cerdeña ó al pie del Cáucaso y el Pirineo los residuos del primitivo filón idiomático y étnico de Europa.

En el difícil problema de los aborígenes de estas islas "Afortunadas" no ha faltado la consideración toponímica. Algo vislumbró ya el

viejo Abreu Galindo, rumiando, al parecer, los resabios "guanches" de la patria de San Agustín. Gorge Glass puntualizó mejor esta orientación a fines del XVIII, y el ilustre S. Berthelot, en su fundamental obra de 1842, dice (1) refiriéndose a los nombres de lugar y de persona que "nos devanviers avaiient trop negligés et no sout pas sans importance".

En consecuencia, donde Abreu, Espinosa, Glass, Viera, Bory de St. Vincent solo encuentran algo más de cien vocablos, Berthelot puede presentar lista de unas mil voces integrantes del antiguo vocabulario canario.

ODON DE APRAIZ

(Continuará).

La Laguna, 10 de febrero.



(1) V. p. 179 de su "Hist. Nat. des Cans.": "De l'ancien langage des habitants de l'archipel Canarien".